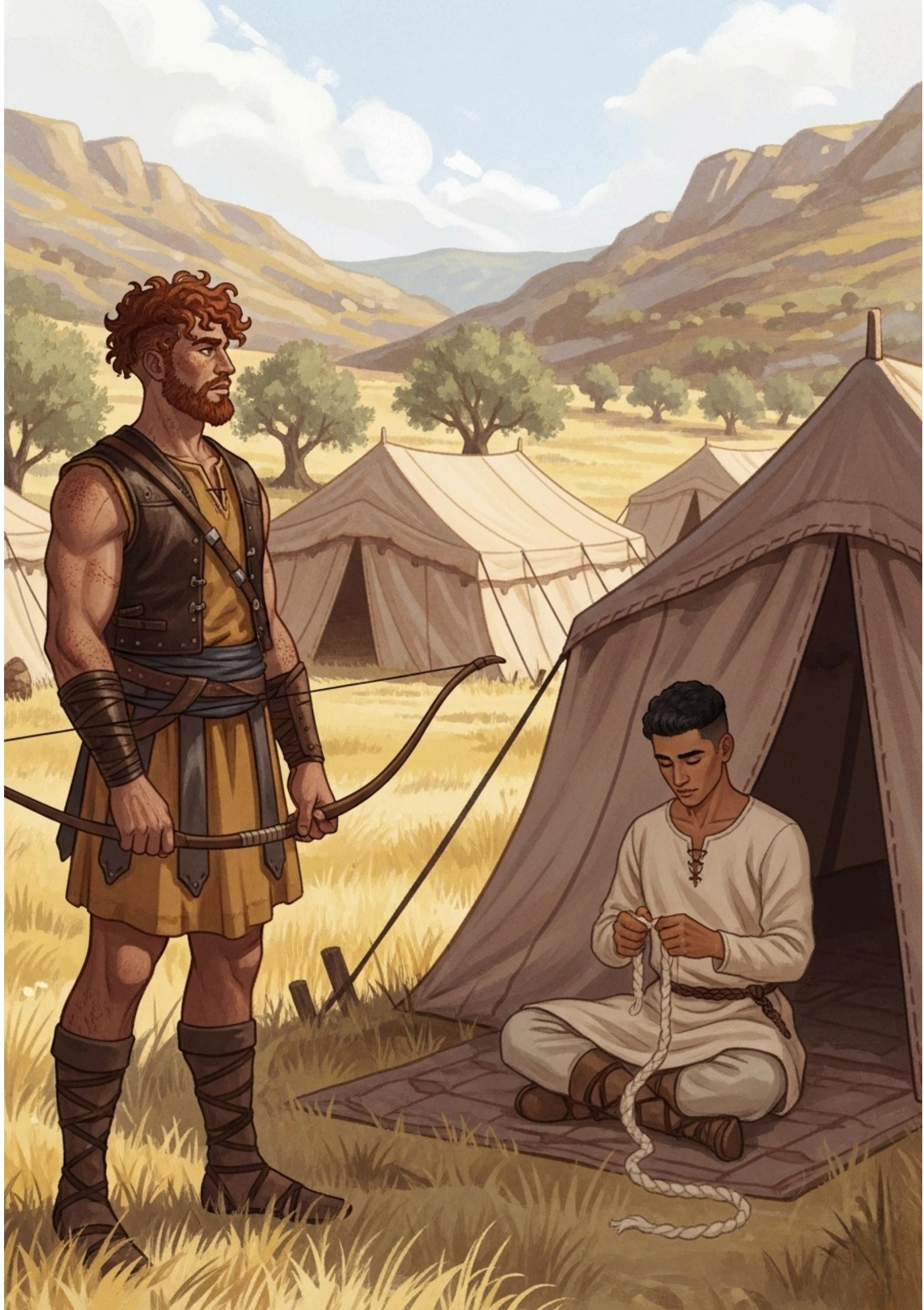




Esaú y Jacob, y el plato de lentejas

Queridos niños, este librito trae
una parte de la historia de la
Biblia, de dos hermanos:
Esaú y Jacob.

La historia puede servir de
ejemplo para saber cumplir
siempre con la voluntad de Dios,
que nos ama y que sabe cuál es el
mejor camino para llegar al Cielo.



Había una vez, en una tierra lejana de valles dorados y tiendas de campaña, una familia muy especial. Los padres, Isaac y Rebeca, tuvieron dos hijos gemelos. Aunque nacieron el mismo día, eran tan distintos como el sol y la luna.

El mayor, Esaú, solo se preocupaba por correr por los cerros y era un experto cazador. El menor, Jacob, era tranquilo y elegía quedarse cerca de casa, ayudando en las tareas y escuchando las historias de su familia.



Esaú y Jacob eran nietos de Abraham y por lo tanto conocían las promesas que él había recibido de Dios. Sus padres, Isaac y Rebeca, les habían transmitido todas las bendiciones que su familia había recibido de Dios.



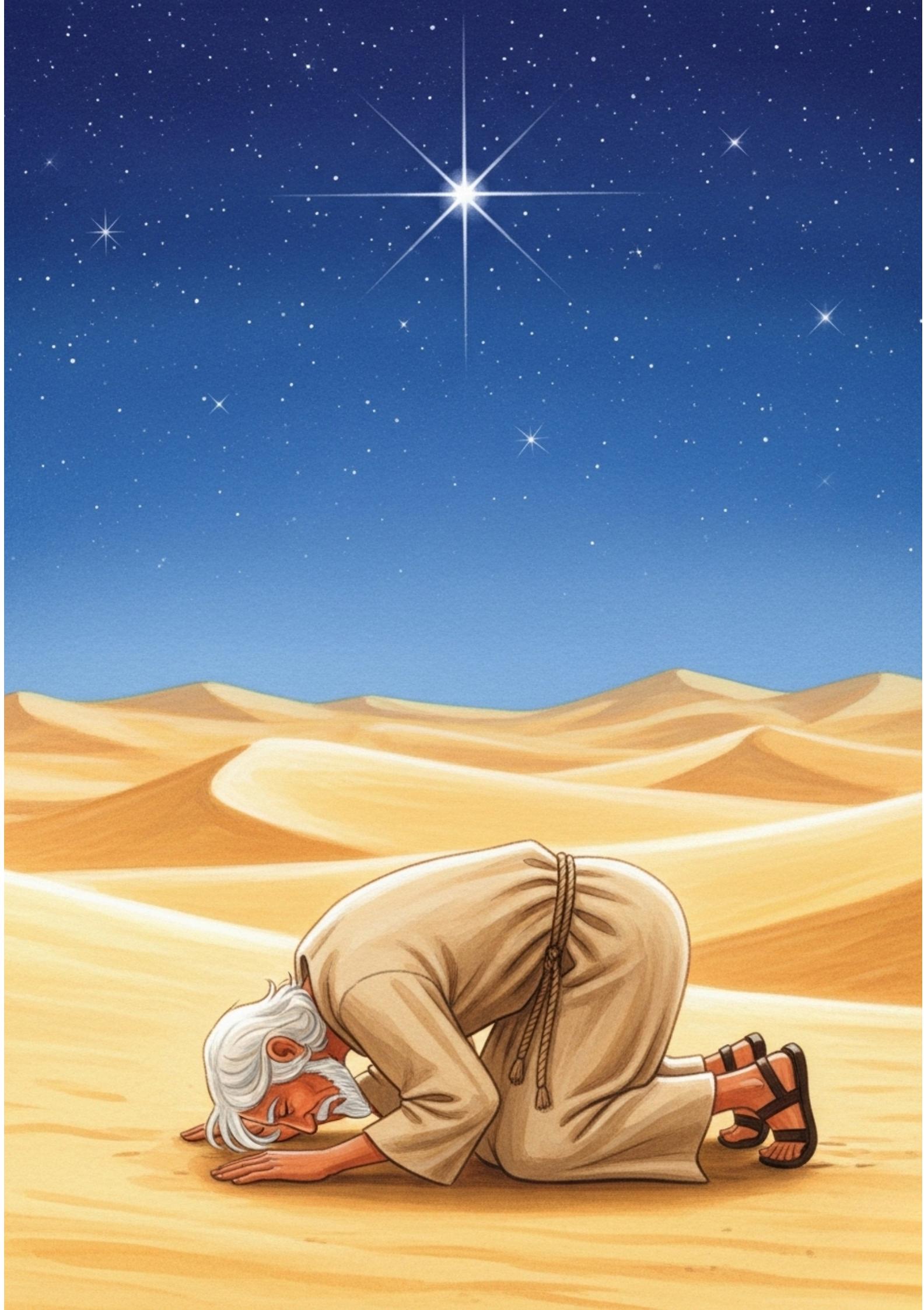
Esaú y Jacob conocían muy bien las palabras que Dios había pronunciado a su abuelo Abraham en esa sagrada promesa:

"Mira hacia arriba, al gran manto del cielo. Cuenta las estrellas, si es que puedes contarlas. Así de grande será tu familia"

"Tendrás tantos descendientes como estrellas hay en el cielo",
le prometió Dios.

Y sabían también las palabras de Dios para sellar esta promesa sagrada:

"Ya no te llamarás Abram.
Desde hoy serás Abraham,
que significa
<padre de muchos pueblos>.



A Esaú le correspondía el don sagrado de la primogenitura, por ser el primer hijo. La primogenitura era un don no tanto material, sino más bien espiritual y concedía el gran honor de ser cabeza de la familia y conectarla con Dios para guiar a Su pueblo.



Un día Esaú regresó del campo muy cansado y con mucho hambre y Jacob estaba cocinando un guiso de lentejas que olía de maravilla.

"¡Dame un poco de ese guiso, que me muero de hambre!", exclamó Esaú.

Jacob, que siempre pensaba en las cosas divinas, le propuso un trato:

"Te daré el guiso si me entregas tu primogenitura". Esaú, sin pensar lo dos veces, aceptó sin reflexionar, cambiando algo muy valioso por un simple plato de comida.



Pasaron los años e Isaac, el padre, ya estaba muy anciano y no podía ver bien.

Ya era hora de darle la bendición del primogénito a Esaú.

Pero Rebeca sabía que Esaú se la había cambiado por un plato de comida sin valorarla y quería que la recibiera Jacob.

Entonces tuvo una idea:

"Ponte estas pieles de cabrito en tus brazos (porque Esaú era velludo) para que, cuando tu padre te toque, piense que eres tu hermano Esaú".

Jacob estaba nervioso, pero decidió seguir el plan de su madre.



Entonces Jacob entró en la tienda de su padre llevando una comida deliciosa. Isaac, con su voz temblorosa, le pidió que se acercara. Al tocar los brazos cubiertos de piel, el anciano padre creyó que realmente era el fuerte de Esaú.

Con mucho amor, Isaac puso sus manos sobre Jacob y le dio la bendición más grande, deseándole prosperidad y paz para toda su vida. El corazón de Jacob latía con fuerza.



Cuando Esaú regresó y descubrió lo que había pasado, se puso muy triste y enojado. Se dio cuenta en ese momento qué grande y sagrado era lo que había perdido.

Isaac, aunque sorprendido por la confusión, no podía retirar la bendición.

Al ver el gran enfado de Esaú, Rebeca le dijo a Jacob que lo mejor era marcharse por un tiempo a un lugar lejano para que las cosas se calmaran.



Jacob llegó a una tierra nueva donde trabajó duro durante muchos años. Formó su propia familia y cuidó de grandes rebaños de ovejas y cabras. Se volvió un hombre sabio y paciente.



Un día resolvió volver de regreso a su casa. El camino era largo. Jacob envió mensajeros con regalos para Esaú: animales, telas y frutos de su trabajo.

"Díganle que su hermano Jacob vuelve en son de paz".

A medida que se acercaba al lugar donde vivía su hermano, se preguntaba si Esaú todavía estaría enojado después de tanto tiempo.



A lo lejos, Jacob vio aparecer a Esaú con un grupo de hombres. Jacob se inclinó con respeto mientras se acercaba.

Pero antes de que pudiera decir una palabra, Esaú corrió hacia él. Esaú rodeó a Jacob con sus brazos fuertes y se abrazaron como hermanos. Ambos lloraron de alegría y de emoción sabiendo que Dios los había unido como hermanos.



Aquel día, el sol brilló más que nunca en los valles. Los hermanos se sentaron a conversar y Jacob presentó a su familia a Esaú. Desde entonces, las dos familias vivieron en paz, recordando siempre que, aunque fueran diferentes como el sol y la luna, siempre los uniría el mismo amor a Dios.

